

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con la muerte de D. Segismundo Moret y Pendergast ha quedado vacante la Presidencia del Ateneo, y hoy los ateneístas eligen presidente y Junta de gobierno entera.

Se han sucedido en la presidencia de la casa, desde la Restauración acá, personajes políticos de la mayor altura. No es sin embargo el Ateneo un centro político propiamente dicho, sino que su representación es, al menos reglamentariamente, intelectual, artística y científica. Pero es el caso que la defensa de sus intereses exige que la política le acoja a la sombra de sus alas. De otra manera, según se oye repetir, su gran tradición pudiera no bastar para salvarle de vegetar lánguidamente.

Por eso surgió la candidatura del Conde de Romanones, cuya actividad y penetración mucho pudieron hacer en favor de la clásica Sociedad. Acaso si triunfa su candidatura esperan a ésta días brillantes, como los que los viejos de la Cacharrería, *laudatores temporis acti*, recuerdan siempre con nostalgia. Y es de suponer que triunfe, habiéndose retirado, en carta terminante, el otro candidato, el insigne Ramón y Cajal.

D. Segismundo Moret, que impensadamente acaba de morir, estaba en extremo encariñado con el Ateneo. Encontraba en él su propia esfera, su rincón predilecto, y se esmeraba en los discursos y conferencias, con esa coquetería de la forma que era uno de sus rasgos distintivos. En la naturaleza de Moret había una necesidad de agradar y atraer que distinguían especialmente a su amable talento. Hay oradores que subyugan, sin llegar a producir esa corriente de atracción, en que misteriosamente eslabona la simpatía. Moret bordaba gentilmente las cláusulas, con un instinto de artista que me interesaba infinito comprobar. Todo era artístico en este decorativo presidente, desde el gesto hasta la entonación, desde la actitud hasta el modo de ponerse el abrigo. Organización privilegiada, rica en facultades y aptitudes, afinada además por el estudio de las corrientes europeas, pues Moret era uno de los contados políticos que continuamente se estaban asomando a Europa, el último presidente del Ateneo debía además a su suerte una figura apuesta y noble, que prevenía en su favor, desde el primer momento. La vejez, lejos de arruinar esta figura, la había mejorado mucho, caso frecuente en los que cultivan el pensamiento y las facultades mentales. La barba blanca prestaba extraordinario carácter a su fisonomía, acentuaba los rasgos acaso demasiado correctos, y le infundía majestad y grave dignidad de varón.

Sus altas condiciones de orador, las había intensificado por medio de un estudio de los menores detalles. Esto pude yo comprenderlo bien cuando hube de dar mis lecciones en la Cátedra de Estudios superiores del Ateneo. Moret, espontáneamente, me vino a dar consejos y a aleccionarme en el modo de emitir la voz, de tomar aliento entre los períodos, de dar descanso al pecho, de no llegar nunca a quedarse sin resuello y afónico, o soltar un gallo en mitad de un párrafo interesante. Y no contento con estas instrucciones, que mucho agradecí, como yo me encontrase por casualidad molestada por la afonía catarral, que muy fuera de sazón se había presentado a la lección tercera o cuarta de mi curso, el presidente mismo me preparó un *grag* eficaz para combatir este inconveniente, al menos durante la explicación. Pocos días después el famoso Dr. Uruñuela me curaba la garganta, cortándome el galillo... Y al recordar este episodio de mi labor literaria, pienso en que los dos, el célebre médico y el orador preclaro, no se hallan ya en este mundo.

Moret, realmente, no parecía ni débil, ni enfermo, ni menos en peligro de morir. Dijérase, al contrario

que conservaba, bajo su blanca nieve de anciano, una juventud de movimientos y de carácter extraordinaria. La última vez que le vi, se me cayó al suelo una bolsa, e hizo, para recogerla y entregármela, un quiebro rápido, de hombre ágil, de persona sobre la cual no pesan los años. Y, sin embargo, ahora comprendemos que estaba minada aquella complexión fuerte. Era uno de los dos desertores de la vida, el corazón, lo que existía de gastado en su cuerpo. Todo el que muere, del corazón o del cerebro muere, según dicen. Y este mal insidioso, la *grippe*, que nadie ha definido aún, y que este año hace en Madrid tantas víctimas, sorprendió a Moret como a traición, cuando estaba arreglando los últimos preparativos de su viaje al extranjero, un viaje más, en el cual acrecería el caudal de sus conocimientos vastísimos sobre lo que pasa en Europa. Porque Moret, en efecto, jamás se entregó al reposo, ni se petrificó. Fué siempre estudiante, que es el único medio de ser alguna vez maestro.

Al saber los doctores que Moret tenía la *grippe*, no se alarmaron poco ni mucho. «Vale más que la pase usted aquí, en su domicilio, que en un hotel, allá en Francia» — fué la única precaución que le prescribieron. Y, resignado, Moret se acostó... No debía levantarse ya, ni tardó más de tres días en fallecer.

La *grippe* es un Proteo. Tan pronto parece molestia ligera, pasajera, abatimiento que dos o tres días de cama hacen desaparecer, como se convierte en terrible mal, aunque sus síntomas engañen y suela embozarse siempre. Este año, si es cierto lo que se oye repetir, la *grippe* hace, a la sordina, los mismos estragos que aquel otro año en que, bajo el nombre de *dengue*, asoló a Madrid, y se llevó, entre sus primeras víctimas, a nuestro pobre ruiñón roncalés, a Julián Gayarre. No hay medio de olvidar la triste fecha en que, medio desnudo en la ópera *Los pescadores de perlas*, contrajo Gayarre la enfermedad que no perdona, y cuya primera indicación fué la súbita afonía. «Esto se acabó», exclamó tristemente, entre el asombro del público, que no se explicaba cómo aquellas notas tan divinamente filadas ya no podían salir de la extraordinaria laringe, laringe anómala, femenina, cuya reproducción en cera me enseñó Uruñuela en su gabinete. «Otro año que no fuese el de la *grippe* — me manifestó el ilustre doctor — la enfermedad de Gayarre hubiese sido una bronquitis sin importancia...» Y es que por lo visto la *grippe* aprovecha los puntos flacos, para penetrar por la brecha y arrasarse. Por eso es exactísimo el calificativo de *influenza*. Una influencia es, en efecto... Influencia terrible.

Y nadie conoce su origen. No es una infección, o por lo menos no están acordes los sabios en que lo sea, a pesar de su carácter epidémico y contagioso. No es un catarro. No es una fiebre. La *grippe* mansa no produce elevación de temperatura. En resumen, no se sabe a punto cierto en qué consiste, y he aquí la única verdad.

Enlazando la segunda parte de esta crónica con su principio, diré que la votación del Ateneo ha sido muy reñida. Desde la que decidió si había de corresponder la Presidencia de la Sección de Literatura a Fernández Shaw o a mí, no se recuerda otra. Han votado cuatrocientos y pico de socios, y por diferencia de veintidós votos, ha triunfado la candidatura de D. Santiago Ramón y Cajal.

Nadie ignora lo que representa, en el mundo de la ciencia el gran histólogo. Su figura alta y prestigiosa, respetada en Europa entera, es sin duda de las que se han destacado en estos últimos tiempos, en medio de las decadencias y retrasos de la vida española. Nadie puede dejar de inclinarse ante Ramón y Cajal. Todo lo que signifique respeto, admiración, veneración, está por derecho propio otorgado al sabio.

Pero lo curioso del caso es que el sabio, según ayer sonó en la prensa y en todas partes, había retirado su candidatura a la Presidencia de la docta casa, alegando que sus ocupaciones no le permitían consagrarse al cargo con la asiduidad que requería. Y esto creíamos, hasta que la votación empezó a fermentar. A las seis de la tarde, ya se daba por seguro que sería Cajal quien saliese elegido. Una sorpresa flotaba en el aire.

Es curioso ver el Ateneo en día de votación reñida y empeñada. Aquel ambiente, casi siempre silencioso y como adormido, excepto en el saloncillo y en la Biblioteca, donde nunca faltan lectores, está en esos momentos vibrante y caliente, desde el vestíbulo, casi desde la calle. Las escaleras son un continuo vaivén de socios que salen y entran con aire preocupado, indignado, burlón o retador. Un poco de camorra, una excitación motinesca, parece hervir. Se entreoyen cuchicheos, exclamaciones, confidencias, risas, gruñidos de enfado, y cada cual da a la lucha

el carácter de su personalidad, de sus simpatías, de sus ideales... Se creyera, en tales momentos, que el Ateneo concentra la vida española, que es el cerebro de España, como en los tiempos en que ninguna otra colectividad le hacía competencia, y en que, sujeta la prensa por las trabas de la censura, el único desagüe a la impetuosidad del pensamiento fueron las discusiones del Ateneo; en que, después del Parlamento, ninguna influencia pudiera contrarrestar la suya. Y ¿quién duda que esto pudiera ser fácilmente, si todos los días viésemos aquella casa rebosante de animación y de gentío, como la hemos visto ayer, con motivo de la elección presidencial?

Pasando a otro asunto, asaz diferente, diré que el Teatro Real continúa tan sucio, roto, polvoriento y astroso como de costumbre. Unos amigos que viniendo de provincia lo vieron por primera vez, se quedaron atónitos de la paciencia de los abonados, ante aquellas alfombras tan raídas que parecen proceder de una prendería de cuarto orden, y aquellos pisos, que conservaban aún las huellas de las expansiones del Carnaval en los bailes de máscaras. No podían comprender por qué el Teatro, al cual concurre lo más granado de la sociedad madrileña, el Teatro que agrupa la belleza, la aristocracia, el dinero, no está, al menos, barrido y aseado; ya que no se pidan gollerías de bien decorado y refulgente, como sería natural exigir... De escenario afuera y de escenario adentro, da lástima el Real, pero nadie se ocupa, a nadie le importa tres caracoles; con tal de jugar los gemelos, verse y murmurar en los entre actos, lo demás no preocupa. Una barraca les sería indiferente...

Sin embargo... Reflexiono, y cambio un poco de opinión, respecto a la calidad del público. Todos dicen que la composición de la sala, en el Teatro Real, también está muy modificada, y no ventajosamente. Los nombres no son los mismos, ni mucho menos. En otro tiempo, en los últimos de la Regencia y primeros del reinado de Alfonso XIII, en el Real se podía ver a lo más selecto de la sociedad madrileña, a lo que brillaba en todas las esferas, a lo mejor de Madrid. Hoy, sin que dejen de existir tales elementos, la mezcla ha sobrevenido. Mucha mezcla, bastante mosaico. Se han subdividido los turnos; la mayor parte de los abonados tiene el palco cada ocho días; abonados a diario quedan bien pocos. Dentro de la misma subdivisión, han surgido las combinaciones, el abono de dos familias que se asocian. Rara es la noche en que se escucha, «tras el abanico de nácar y oro» una voccecita dulce murmurando:

— ¡El teatro está bonito hoy!

Y en cuanto a las compañías..., cada año aflojan, para aflojar los sueldos. De Anselmi y Titta Rufo, han suprimido al primero. Falta el mago y queda el titán..., pero, ¿qué sucederá el día, en que, según se anuncia, el titán se retire? Así es que bebemos su voz, la absorbemos, como se absorbe un aire cálido de arte y de emoción, temblando a la hora en que nos digan «se acabó, no cantará más...» Yo sostendría que Titta Rufo no tiene derecho a retirarse, mientras estén íntegras sus facultades prodigiosas, mientras su genio fulgure como un astro. ¿Por qué ha de privar al mundo de contemplar tantas excelencias como le ha otorgado la naturaleza pródiga? Su voz original, irónica, timbrada de energía de sentimiento; su gesto, siempre artístico y tan expresivo, que en cualquier momento pudiera el pintor o el escultor reproducirlo; ¿por qué han de desaparecer en la penumbra de una vida privada sin gloria, mientras los que le hemos admirado no tendremos sino un recuerdo, una leyenda? ¿Para unos, como Gayarre, la traidora muerte; para otros, como Titta, la obscuridad voluntaria! No es justo, y yo creo que a Titta se le debiera hacer cantar como quería el rey de Prusia que lo hiciese la Patti, por fuerza, con una pistola al pecho. Es lástima no poder aplicar, en estos casos, el sistema coercitivo.

Lo curioso es que el público de las localidades altas del Real está este año severo con Titta. No le perdona nada; tiene de antemano la pauta por la cual ha de cantar el soberano artista, y le regatea el aplauso si no responde a lo dispuesto por sus espectadores. Yo, que no asisto al teatro, he podido, sin embargo, estudiar esta psicología del público, con sólo aplicar al oído un receptor del teléfono. La voz poderosa llega bastante desfigurada a mis oídos, pero así y todo, hay momentos sublimes en que el estremecimiento de lo bello sobrecoge. En *Rigoletto*, en *Payasos*, la voz tiene lágrimas, sollozos, rabia, furia... ¡Y esta voz ha de enmudecer! ¡Y este hombre se ha de ir a plantar coles o rosas, a cuidar palomos o gallinas! No lo permita la Providencia. Ojalá le quite algún Arsenio Lupin sus millones, para que se vea en la precisión de volver a ganarlos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.